



# EL CONCEPTO DE SUJETO EN EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO

ELÍAS J. PALTÍ  
RAFAEL POLO BONILLA  
(ORGANIZADORES)

prometeo  
libros



**EL CONCEPTO DE SUJETO  
EN EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO**



Elías J. Palti y Rafael Polo Bonilla  
(organizadores)

EL CONCEPTO DE SUJETO  
EN EL PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO

(prometeo)  
libros

**El concepto de sujeto en el pensamiento contemporáneo / Elías José Palti ... [et al.]. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Prometeo Libros, 2021.**

**Libro digital, PDF**

**Archivo Digital: descarga y online**

**ISBN 978-987-816-149-5**

**1. Filosofía Contemporánea. 2. Ontología. 3. Filosofía Política. I. Palti, Elías José  
CDD 190**

Armado: Eleonora Silva

Diseño de portada: Nina Turdo

© De esta edición, Prometeo Libros, 2021

Pringles 521 (C1183AEI), Buenos Aires, Argentina

Tel: (54-11) 4862-6794 / Fax: (54-11) 4864-3297

distribuidora@prometeoeditorial.com

www.prometeoeditorial.com

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial.

Derechos reservados.

# Índice

Introducción. El concepto de sujeto como problema .....	9
<i>Elías J. Palti y Rafael Polo Bonilla</i>	
El sujeto en Foucault .....	25
<i>Elías José Palti</i>	
El concepto de sujeto en Luhmann.....	51
<i>José Javier Blanco Rivero</i>	
El concepto de sujeto en Deleuze .....	75
<i>Juan Manuel Heredia</i>	
El sujeto en Jacques Derrida .....	99
<i>Emmanuel Biset</i>	
El concepto de sujeto en Badiou.....	131
<i>Roque Farrán</i>	
El sujeto en Laclau y Mouffe.....	161
<i>Ricardo Laleff Ilieff</i>	



## INTRODUCCIÓN

# El concepto de sujeto como problema

*Elías J. Palti y Rafael Polo Bonilla*

Se dice con frecuencia que enfrentamos una crisis de carácter civilizatoria. Crisis que afecta la totalidad de la vida moderna, la que se expresa de múltiples formas, y condiciona los modos de interrogación contemporáneos acerca de las categorías nucleares del discurso político-filosófico. Conceptos como los de sujeto, razón, historia etc., habrían perdido su anterior halo de transparencia volviéndose su definición un problema sumamente difícil de confrontar y, sin embargo, imposible de eludir. Este preguntar acerca de su sentido no se orientará así ya a la búsqueda de un fundamento, a la elaboración de una nueva teleología histórica o filosófica que supere o refute a las actualmente disponibles. Se trata en cambio de desmontar los supuestos que habitan, aún, los discursos, desde la certeza de la carencia ya de un horizonte trascendente. Nuestros modos de relacionarnos significativamente con el mundo, una vez colocadas a la intemperie de sus ilusiones constitutivas, nos descubren la radical contingencia de sus premisas. Y esto hace posible objetivarlas, observarlas desnudas de “las significaciones ideales y

de los indefinidos teleológicos” (Foucault) que sostenían su régimen de discurso particular.

Aquí nos ocuparemos de una de estas categorías nucleares del discurso político y social que hoy se ha vuelto materia de debate. La interrogación acerca del sujeto recorre, en efecto, centralmente todo el pensamiento contemporáneo. Ello expresa el hecho de que hoy no pueda aceptarse simplemente como dado que exista algo así como un “sujeto”, lo cual conlleva ya una reformulación fundamental en los modos de interrogarse acerca del mismo. “La tarea”, dice Simon Critchley, “no es decidir *sub specie aeternitatis* si los seres humanos son o no sujetos sino examinar históricamente qué ocurre cuando el ser humano es concebido como sujeto, qué suposiciones metafísicas están implícitas en la aplicación al ser humano del concepto filosófico de sujeto”.<sup>1</sup>

Aquellos intentos de definición del sujeto se vuelven así ellos mismos objetos de análisis, resultarán significativos no por lo que dicen sino por lo que denotan. No obstante, esto no resuelve el tipo de problemas que plantea dicha categoría, sino que lo traslada a otro terreno, del plano del discurso objeto al del metadiscurso, en el cual muchas de las mismas cuestiones resurgen, aunque reformuladas.

En verdad, tampoco existe única forma de preguntarse históricamente sobre él. La afirmación respecto de “qué ocurre cuando el hombre pasa a ser concebido como sujeto” sigue siendo unilateral. Dependiendo desde qué perspectiva uno se aproxime a su concepto, el modo de abordaje varía profundamente. Según se lo conciba en tanto que el sujeto del derecho, o el sujeto político, o el sujeto de la historia, o el sujeto del conocimiento, o el sujeto moral, o el sujeto estético, etc., el tipo de problemas que su definición hace surgir es también muy distinto. Incluso su propia designación se diversifica en pluralidad de denominaciones posibles. Lo que para la ontología es el Ser, para la psicología es el Ego, para la lingüística es el Sujeto, para la gnoseología es el Cogito, para el derecho

---

<sup>1</sup> Simon Critchley, “Prolegomena to any Deconstructive Subjectivity”, en Simon Critchley y Peter Dews, eds., *Deconstructive Subjectivities*, Nueva York, The University of New York Press, 1996, p. 15.

es el Ciudadano, y así sucesivamente. Y cada una de estas distintas denominaciones ha sido objeto, a su vez, de interpretaciones muy diversas y aún opuestas entre sí.

Esta inestabilidad conceptual no nos está hablando simplemente de una insuficiencia circunstancial que pueda eventualmente resolverse mediante una reflexión más metódica acerca de dicho concepto. Como dice Jean-Luc Nancy en su prólogo al libro *Who comes after the Subject?*, la desintegración de esa categoría que ha sido uno de los núcleos articuladores de todo el discurso filosófico en los últimos cuatro siglos “es el testimonio de la línea de ruptura cuyos trazos son complejos, sinuosos, a veces difíciles de captar, múltiples, y difusos”.<sup>2</sup>

La interrogación sobre el sujeto es, al mismo tiempo, un ejercicio crítico de desmontaje de una categoría que está atravesada por un sustrato ontológico-político, por una teleología, y una reflexión sobre las condiciones histórico-conceptuales particulares que dieron origen a las diversas concepciones del mismo. Las definiciones del sujeto son correlativas al propio despliegue que lo instituye como la ‘sustancia’ que se cristaliza en las distintas formas del hacer político, estético, lingüístico, etc. Él ha operado así como un centro que hace posible las narrativas y las prácticas, esto es, como un fundamento capaz de ser el eje de certezas sobre la razón y la historia, como un principio constitutivo, certezas cuyo suelo de saberes en que se sostenían ya han perdido su eficacia simbólica volviéndoles ya insostenibles.

El punto, no obstante, es que aun cuando el pretender definir al “sujeto”, querer fijar su concepto, parece una tarea hoy tan ímproba como querer determinar qué es el “arte” luego de Duchamp, no por ello dejará de acometerse una y otra vez. Y es esto, más precisamente, el objeto de este libro. Este se propone explorar algunos de estos intentos de asir conceptualmente eso que hoy parece inasible, indagar críticamente aquellas reflexiones contemporáneas

---

<sup>2</sup> Jean Luc Nancy, “Introduction”, en Eduardo Cadava, Peter Connor y Jean-Luc Nancy, eds., *Who comes after the Subject?*, Nueva York, Routledge, 1991, p. 3

que consideramos más relevantes al respecto ya que nos permiten entender cuál es el sentido que subyace a esta pregunta recurrente acerca del mismo, esa ansiedad impenitente que empuja a volver siempre sobre él, aún luego de anunciada ya su “muerte”. Dicho de otro modo, la problematización del concepto de sujeto, cuya centralidad en el debate filosófico y teórico contemporáneo pone en el tapete el conjunto de orientaciones normativas desde las cuales se hace legible el mundo, y vuelve posible una cierta discursividad acerca de él, dará por necesidad lugar a una suerte de crisis de inteligibilidad en la que toda ilusión de sentido tenderá a disolverse, sin que nunca, sin embargo, podamos resignarnos a ello si pretendemos tener una vida en común, instituir algún horizonte de vida compartido.

En todo caso, está claro ya que no se intentará aquí encontrar “la definición correcta” del concepto de sujeto, sino, más sencillamente, observar cómo se articula hoy el debate filosófico en torno del mismo, qué es lo que determina su necesidad aún luego de que su concepto ha perdido el suelo de evidencias que le daban sentido al mismo. En el fondo, lo que se intenta indagar es qué nos está diciendo ésta respecto de la situación presente, del tipo de universo conceptual que se abre luego de que dicha categoría se ha despojado de su anterior apariencia de transparencia y se vuelve objeto de interrogación crítica. En fin, cómo entender esa “línea de ruptura” de que hablan los autores recién mencionados, y en qué sentido la misma, más que establecer un nuevo concepto de sujeto, instala un nuevo terreno para cualquier discusión posible acerca de él.

En el trayecto que aquí se propone recorreremos esos “trazos complejos, sinuosos, a veces difíciles de captar, múltiples, y difusos” por los que tal ruptura se produjo, y de este modo se busca comprender por qué es así, por qué el actual debate alrededor de esta categoría reformula los términos mismos de la interrogación acerca de dicho concepto. En definitiva, las distintas posturas que aquí se analizan, si resultan pertinentes, es porque, más allá de sus contenidos concretos, sirven de base para poder reconstruir el campo de disputa, y qué distintos recorridos posibles se delinean en el

interior de dicho campo (recorridos que son, justamente, los que los autores aquí estudiados habrán de transitar, respectivamente). Esto obliga, a su vez, a retrotraernos en el tiempo y observar cómo se reformularon históricamente los modos de reflexionar en torno de esta categoría.

## Hacia una historia del sujeto moderno

El objetivo último que se persigue en esta serie de estudios es superar la visión estándar que se impone en el último siglo y que presenta el debate en torno al sujeto como ordenado todo en función de la oposición entre dos visiones del mismo: el sujeto auto-centrado y el sujeto escindido (lo que Jeffrey Siegel llama el “sujeto unidimensional” y el “sujeto multidimensional”).<sup>3</sup> Esta antinomia suele estar, además, de manera muy evidente, connotada en términos valorativos. El primero expresaría un afán de dominación típicamente “moderno”, es decir, encarnaría una cierta racionalidad técnica (para algunos, más precisamente, “capitalista”), que, desde esta perspectiva, aparece como perversa. El otro, en cambio, se abriría a un ámbito de realidad heterogénea a aquélla, habilitando así el horizonte hacia todo aquello que no se dejaría ceñir a la racionalidad sistémica, y en donde radicaría un supuesto potencial emancipador. Al sujeto sistémico se le opondría así otra visión de la subjetividad inasimilable a la racionalidad técnica propia al orden capitalista (visión que encuentra su premisa en la distinción entre el sujeto tético y el sujeto no-tético que fuera desarrollada por Husserl, aunque, en su forma más primitiva, remite a las filosofías de la vida de comienzos del siglo veinte y la oposición entre *formas* y *vida* en función de las cuales se ordena todo el debate filosófico del periodo). Como señalan Critchley y Dews en su prólogo al libro *Deconstructive Subjectivities*:

---

<sup>3</sup> Jeffrey Siegel, *The Idea of the Self. Thought and Experience in Western Europe since the Seventeenth Century*, Cambridge, Cambridge University Press, 2005, p. 7.

Nuestro título sugiere un argumento que va más allá de la afirmación que cierto modelo de sujeto –sea identificado con el principio de totalidad reflexiva, como fundamento universal de la certeza epistémica, como autopresencia, o como autoaserción racional y dominio– ha dominado la escena, hasta muy recientemente, aun cuando sea mediante su negación. [...] Implica también que, cuando se observa el espectro completo de lo que se ha pensado bajo el concepto de sujeto, y cuando se evalúan las posibilidades de alternativas *genuinas*, entonces el sujeto puede aparecer, bajo muchas de sus diversas apariencias, como la fuerza motora detrás –antes que la defensa primaria contra– la dislocación de la metafísica.<sup>4</sup>

Esto, como señalamos, tiene implícito un cierto modo de aproximarse a la historia del concepto de sujeto. Siguiendo este esquema, y proyectado retrospectivamente, de lo que se trataría sería de descubrir a cuál de ambas concepciones opuestas adhirieron los distintos autores del pasado. El libro editado por Simon Critchley y Peter Dews es un buen ejemplo. En el relato que se ofrece allí, a la visión “moderna” tradicional que se iniciaría con Descartes, se le opone una visión alternativa, alegadamente “genuina”, cuyo origen se ubicaría en el siglo XIX con el romanticismo. Como señalan esos autores en su prólogo a dicho libro:

La brecha entre tal noción de razón indirecta y el blanco “post-modernista” tradicional del sujeto racional autónomo puede verse en la siguiente expresión de Schelling: “La base para la comprensión es, por lo tanto, la locura. La locura es así un elemento necesario, que puede meramente no hacerse manifiesto, realizarse. Lo que nosotros llamamos entendimiento, si es entendimiento efectivo, viviente, activo, no es otra cosa que locura coordinada.”<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Simon Critchley y Peter Dews, “Introduction”, en Critchley y Dews, eds., *Deconstructive Subjectivities*, p. 1.

<sup>5</sup> Critchley y Dews, “Prologue”, en Critchley y Dews, eds., *Deconstructive Subjectivities*, p. 4.

Todo aquello que se apartaría de una visión cerradamente racionalista del sujeto, que sería, según se afirma, la línea que va de Descartes a Husserl, pasando por Kant,<sup>6</sup> pasará así a ser visto como un antecedente, más o menos remoto, de esta otra concepción alternativa de la subjetividad. En última instancia, toda forma de pensamiento acerca del sujeto se inscribiría de manera inevitable dentro de una u otra perspectiva. El debate, cuando se establece, se reducirá entonces a determinar dónde cabe situar a cada una de las distintas formas de pensamiento y autores, de qué lado de la brecha hay que ubicarlos.<sup>7</sup>

Esto es necesariamente así porque el propio marco restringe de antemano el arco de opciones posible. En última instancia, el mismo se funda en una metodología apriorista: nada de lo que pueda encontrarse podrá interpretarse más que como expresando una u otra tradición de pensamiento, o bien, en todo caso, como una visión ambigua oscilante entre ambas posturas antinómicas. El marco mismo resulta así inmune a toda constatación histórica. El punto es que éste, en la medida en que resulta sumamente simplista, ignorando la profunda diversidad de concepciones de la subjetividad surgidas en los últimos cuatro siglos que alegadamente comprende la “modernidad” (categoría que, lejos de ofrecer algún principio de inteligibilidad del fenómeno en cuestión, debería ella misma

<sup>6</sup> Critchley refiere a “la determinación del sujeto discutida anteriormente –en Descartes, Kant y Husserl–, todos lo cuales igualan el sujeto con la conciencia, la autoconciencia y la reflexión” (Critchley, “Prolegomena to any Deconstructive Subjectivity”, en Critchley y Dews, eds., *Deconstructive Subjectivities*, p. 18).

<sup>7</sup> Heidegger, por ejemplo, diferiría en cuanto a dónde situar a Schelling. Según señala Andrew Bowie, “Para Heidegger la subjetividad en Schelling siempre ha tenido el sentido de un retorno a sí. El ser deviene meramente una Idea. Schelling entonces debe ser incorporado dentro de la historia de la metafísica occidental, que Heidegger asocia a la subjetivación del Ser iniciada por Descartes, y Schelling por lo tanto se sitúa junto con Hegel” (David Bowie, “Rethinking the History of the Subject. Jacobi, Schelling and Heidegger”, en Critchley y Dews, *Deconstructive Subjectivities*, p. 122). Pero también Heidegger sería objeto de esta misma controversia. De hecho, uno de los puntos conflictivos que más recurren en los ensayos reunidos en el libro que citamos es el de dónde ubicar su filosofía, es decir, si realmente alcanzó a romper con la concepción racionalista “moderna” o permaneció atrapado en ella, esto es, “si *¿es [el Dasein] la concepción del ser humano que explícitamente se opone a la del sujeto, libre ya de las huellas de la subjetividad metafísica?*” (Critchley, “Prolegomena to Any Deconstructive Subjectivity”, en Critchley and Dews, eds., *Postdeconstructive Subjectivities*, p. 18).

volverse, a su vez, objeto de interrogación y crítica), obliga a violentar las mismas para hacerlas encajar dentro de su grilla dicotómica. En definitiva, tal perspectiva bloquea la interrogación acerca de cuáles son los fundamentos epistémicos, el suelo de supuestos sobre cuyas bases se fundan los distintos modos de interrogarse acerca del sujeto y de definir el tipo de problemas que su definición plantea. En consecuencia, pierde de vista también la naturaleza contingente de sus mismos fundamentos, hasta qué punto esa antinomia representa sólo una de las formas de aproximación al tema, la cual nace en un contexto histórico-conceptual preciso y carece de sentido fuera de él (aun cuando, una vez establecida la misma, se proyectará hacia el pasado como si se tratara de una especie de antinomia eterna que atraviesa toda la historia del pensamiento, como el bien y el mal en las antiguas cosmologías).

El punto es que sólo así, al precio de ignorar la historicidad de dicha categoría, la serie de mutaciones semánticas que la misma ha experimentado, y violentando su sentido concreto para proyectarla como una suerte de esencia eterna o cuasi-eterna, puede establecerse esa visión dicotómica que estas tentaciones normativas que le subyace requieren para su articulación. Incluso aquellas otras visiones que no comparten tales valoraciones, o incluso las invierten creyendo encontrar en el racionalismo un impulso democrático que habría que defender de las tentaciones irracionalistas, parten de esa misma antinomia para cuestionar sus supuestas derivaciones políticas, sin alcanzar a interrogarse acerca de los supuestos epistémicos sobre los que tal antinomia se sostiene. Contrariamente a lo que supone este relato estándar, no se tratan simplemente de distintas visiones respecto de un mismo objeto, sino que, tras cada mutación epistémica, es el ser mismo del objeto en cuestión el que se transforma, reconfigurando los modos de plantearse el tipo de problemáticas que el mismo hace surgir. Los distintos autores, en la medida en que su pensamiento se ubica en contextos histórico-conceptuales distintos, hablan ya de *cosas* distintas, inexistentes anteriormente. De allí que resulte absurdo limitarse a oponer las distintas visiones como si todas ellas se desplegaran sobre un suelo uniforme. Tras cada

mutación epistémica, toda reflexión posible acerca de dicho objeto se ve trasladada hacia un nuevo terreno de realidad fenomenológica. Los objetos mutan como su lenguaje descriptivo y comprensivo. Un significante, como el de “sujeto”, puede estar en un momento y otro de la mutación epistémica, sin embargo, su inscripción conceptual transforma su ser mismo. La sustancialización de tal categoría denuncia, en última instancia, una lectura que permanece atrapada en la superficie de las ideas ignorante de cuál es ese suelo epistémico particular en que ellas se sostienen.

En principio, podemos identificar tres grandes momentos en la reflexión sobre el concepto de sujeto. Entre fines del siglo XVI y fines del siglo XVIII, que es cuando dicho concepto emerge como tal en el pensamiento moderno, todas las distintas teorías al respecto lo remitirían siempre hacia una esfera trascendente en donde se alojarían las condiciones de posibilidad de los fenómenos, pero que escaparía ella misma de dicho plano fenoménico. El sujeto designaría ese residuo no representable que funda toda representación.

Como señalara Deleuze, para el pensamiento del periodo, sólo lo infinito puede ser fundamento de lo finito. Pero aquél nos resulta inaccesible, por definición. Entre lo infinito y lo finito, entre lo universal y lo particular, no habría medida común. Se abriría entonces un abismo que separaría radicalmente el ámbito fenoménico del de sus condiciones de posibilidad, la apariencia de la esencia. Y no es otra cosa que esa misma brecha lo que el nombre de “sujeto” vendría entonces a servir de índice. Es, en fin, en función de la captación de ese objeto paradójico, y de su imposibilidad última de objetivarse como tal, que toda la reflexión en torno del concepto de sujeto habrá de ordenarse en este primer momento.<sup>8</sup> Momento que

<sup>8</sup> Aunque parezca paradójico, todo el pensamiento racionalista del periodo es, en el fondo, profundamente teológico. En su base encuentra un fundamento metafísico. Así como todo conocimiento por causas remite necesariamente a una causa última que resulta ella misma inaccesible, que yace más allá del propio encadenamiento causal y lo sostiene (una causa remite siempre a otra causa, y así al infinito), el pensamiento del Orden, aquél que busca penetrar la estructura subyacente del universo, tiene como su presupuesto implícito la presencia de un dador trascendente. Como ocurre en el concepto astronómico newtoniano, el universo es absolutamente determinista, su funcionamiento puede fijarse de manera acabada según leyes universales, pero cómo se ha constituido el mismo, cómo ha llegado a ser tal como es, es una pregunta cuya respuesta

no escapa a un suelo teológico-político a partir del cual se fundaría la identidad misma del sujeto, sino que se inscribe dentro de él, al mismo tiempo que tiende a dislocarlo.

La paradoja aquí es que todo el pensamiento racionalista de los siglos XVII y XVIII, así como todos los debates acerca del concepto de sujeto del periodo, se fundan en este supuesto de orden metafísico (la idea de un ámbito de subjetividad trascendental situado más allá del mundo fenoménico). Y es precisamente contra este supuesto que el siglo XIX habría de rebelarse, abriendo así un segundo momento en la reflexión acerca del mismo.

Lo que el siglo XIX se propone es borrar ese residuo irrepresentable que funda la representación, y que el apelativo del sujeto entonces designaba. El concepto romántico de *Darstellung* (la representación sensible de la idea) encarna ese ideal de hallar lo universal en lo particular, la esencia en los modos mismos de su aparición. Ahora será esta función, la de articular lo inmanente con lo trascendente, la operación que el nombre de sujeto viene a servir de índice. Las distintas teorías al respecto serán otras tantas formas de concebir dicha función, los modos en que se produce la operación por la que lo particular habrá de fundirse con lo universal, la naturaleza de ese vínculo que habrá de asociar a ambos y en cuyo proceso el propio sujeto se constituirá a sí mismo como tal.

A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX este modo de interrogación se quiebra dando lugar a un tercer momento en la reflexión acerca del concepto de sujeto. Éste ahora vuelve a colocarse en un plano de realidad trascendente, aparece como designando un residuo inasible para la razón, pero en él ya no habrá de alojarse lo universal. Por el contrario, el sujeto será ahora el nombre puesto a esa instancia que viene a quebrar toda ilusión de universalidad, aquello que viene a interrumpir la mera repetitibilidad de los órdenes instituidos y abrirlos a la contingencia. De lo que se trata ahora, aquello hacia lo que todas las teorías del sujeto del periodo apuntan,

---

escaparía al alcance de toda reflexión racional. Dicho universo aparece entonces como algo simplemente dado.